



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.

Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.

Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens Fernández de Córdova.

D. Juan Vidal de Llobatera.

D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazábal.

D. Manuel Rodríguez Maillo.

D. Reynaldo Brea, ex Oficial de E. M. del Ejército alfonso.



DON JUAN DE BORBON

* en Aranjuez el 21 Mayo 1822. † en Brighton el 21 Noviembre 1887.

LAS ACCIONES DE URNIETA

(GUIPÚZCOA)

DÍAS 7 Y 8 DE DICIEMBRE DE 1874

I

LAS memorables acciones de Urnieta, objeto de la descripción presente, figuran con justicia entre los brillantes hechos de armas, coronados con feliz victoria, que nuestros heroicos voluntarios realizaron en Guipúzcoa, durante la última guerra, luchando con un enemigo envalentonado con algunas ventajas poco antes logradas, quintuplicado en fuerzas, dotado con mejores pertrechos y apoyado en posiciones ventajosas y puntos fortificados; todo esto no obstante, los soldados carlistas renovaron en Urnieta sus hazañas de otras veces y añadieron un triunfo más al catálogo de sus proezas militares.

Basta, para comprenderlo, la simple exposición de los hechos, que relataré teniendo á la vista datos fidedignos, y notas de sujetos veraces que tomaron parte en aquellas jornadas.

No sin motivo el desastre que en la primera quincena de noviembre habíamos sufrido en la línea y sitio de Irún, dió alientos crecidos á los liberales de Guipúzcoa. Pocos días después de aquellos sucesos, la Diputación liberal de San Sebastián circuló una proclama excitando á los habitantes de la provincia á que desistieran de la lucha; y el general Loma, encargado nuevamente del mando militar de la misma provincia, manifestando en su alocución intenciones benévolas hacia el paisanaje guipuzcoano, tan duramente vejado y maltratado en anteriores correrías por las tropas liberales, se dispuso á intentar una vez más avanzar hacia la villa de Tolosa y hacerse dueño de esta población importante para las operaciones de la guerra.

Con este objeto salió de San Sebastián el día 7 de diciembre, por la mañana, dirigiéndose á Hernani con el general Blanco, al frente de una columna de 12,000 hombres.

Las fuerzas carlistas se hallaban entre Andoaín y Tolosa, con pequeños destacamentos en Lasarte y Pagollaga, puntos extremos de nuestra primera línea de resistencia; el centro de operaciones y cuartel general, en Andoaín; el 4.º Batallón de Guipúzcoa (cazadores de Doña Blanca), mandado por el Teniente coronel D. Tomás Fortuny, cubría las avanzadas hacia Urnie-

ta, pequeño pueblo intermedio entre Andoaín y Hernani, dominado completamente por el fuerte liberal de Santa Bárbara, de Hernani.

Entre una y dos de la tarde de 7 de diciembre, el Brigadier Blanco salió de la plaza de Hernani, iniciando el movimiento hacia Urnieta con tres mil hombres. La primera compañía del 4.º de Guipúzcoa estaba situada en Bordacho, punto de observación sobre la carretera de Urnieta, y su capitán, D. Prudencio de Iturrino, vistos los movimientos del enemigo, dió por medio de corneta la señal convenida para que todo el Batallón se pusiese en armas y tomase posiciones. Inmediatamente fueron distribuidas las fuerzas de este Batallón en los puntos siguientes: una compañía en la carretera y caserío Oyamunen, otra dominando la vía férrea, otra junto el caserío de Erabalbarri, otra de reserva en Arconobieta y otras tres hacia las peñas de Elorriaga, de refuerzo de la compañía mandada por el capitán Iturrino, que había roto ya el fuego contra las avanzadas enemigas. Al mismo tiempo se daba aviso al cuartel general de Andoaín del movimiento del enemigo y disposiciones tomadas. La tercera compañía, al mando del capitán D. Esteban López, como alojada en paraje más próximo, fué la primera que, uniéndose á la ya citada compañía avanzada, le ayudó en el combate iniciado; y como la vanguardia enemiga continuaba avanzando hacia el pueblo de Urnieta, después de un breve y nutrido fuego de fusilería, los dos capitanes Iturrino y López, dejando dos secciones de reserva, que protegían su espalda, se lanzaron con las otras á paso de carga y contuvieron el avance de la vanguardia liberal, causándoles bastantes bajas.

El intento principal del enemigo parecía ser el de apoderarse del flanco izquierdo de los carlistas y hacerse dueños de las posiciones de Elorriaga y Burunza, que dominan la villa de Andoaín y carretera de Lasarte. Desplegó su ala derecha por las alturas de Aracorte y Berigutzata, y colocó sus reservas en el punto de Sangarda, bajo la protección del cercano fuerte de Santa Bárbara, mientras el ala izquierda se extendía por la parte de Urnieta, llegando hasta el pueblo mismo. El fuego de fusilería resonó entonces nutridísimo en toda la extensión de la línea. No había parapetos ni más defensas que las naturales del terreno, que los combatientes procuraban aprovechar sin perder sus posiciones respectivas.

El Brigadier D. Juan José de Aizpurúa acudió de Andoaín á dirigir las operaciones, trayendo de refuerzo dos compañías del séptimo de Guipúzcoa, mientras una compañía del tercero venía por la parte de Pagollaga para reforzar á los del cuarto. El ardor de los guipuzcoanos se acrecentaba con la presencia del enemigo y á la vista del peligro que el pueblo de Andoaín, y luego otros pueblos, corrían si aquél salía victorioso; así, pues, á las cuatro de la tarde, la primera y tercera compañía se lanzaron de nuevo á la bayoneta, quedando otras dos de reserva en Elorriaga; por el centro cargó el Teniente coronel D. Tomás Fortuny con otras dos compañías del cuarto Batallón, y las dos del séptimo, desplegadas, cargaron también sobre el enemigo por las heredades próximas á la carretera. Redoblaba el enemigo las descargas de fusilería, mas en vano; los carlistas salvaron á la carrera, sin detenerse, la distancia que les separaba de Urnieta, cayeron sobre los liberales con denuedo y se posesionaron del pueblo, que aquéllos evacuaron precipitadamente. Trataron todavía de rehacerse, apoyados por una reserva; pero los carlistas, desde las bocacalles de Urnieta, les diezmaban con certero y nutrido fuego, obligándoles á retroceder más y más, hasta encerrarlos en Hernani, dejando algunos prisioneros en poder de los valientes voluntarios.

Mientras el ala izquierda quedaba tan duramente castigada, no era más afortunado el Brigadier Blanco con las fuerzas destacadas por la parte derecha. Acometidas bruscamente por las compañías del 4.º de Guipúzcoa, resistieron por algún tiempo; mas al ver la retirada del centro é izquierda hacia Hernani, temiendo ser envueltos, se retiraron de prisa á guarecerse en el fuerte de Santa Bárbara. Picada su retaguardia por los guipuzcoanos, un capitán, un teniente y treinta y tres soldados liberales se metieron en el caserío Arcaitzaga, con ánimo de resistir allí. Poco más que ellos en número serían los carlistas que les cercaron en dicha casa y les intimaron la rendición. Negáronse á ello, y empezaron á disparar contra los sitiadores. Como ya anochece, la oscuridad favoreció á éstos, los cuales pidieron algunos refuerzos á las compañías que ya estaban en Urnieta; mas antes de llegar el refuerzo, con voces de mando fingidas y ruido que hacían creer á los del caserío era mayor el número de los carlistas presentes, y con algunos haces de paja encendidos que los voluntarios empezaron á tirar en la puerta del caserío,

se intimidaron los de dentro y pidieron cuartel, que en seguida les fué concedido, y todos fueron tratados con respeto y humanidad. Algunos días después, varios de estos prisioneros, estando en Tolosa, pidieron ser admitidos como voluntarios en las filas carlistas, y se les concedió; los demás fueron llevados á la parte del Baztán.

Así terminó la acción de este día, en la cual las tropas del Brigadier Blanco tuvieron unas trescientas bajas, según se averiguó por confidencias. Los soldados del cuarto Batallón (cazadores de Doña Blanca) recogieron cuarenta y siete fusiles del enemigo, muchísimas prendas de equipo y además un botiquín. Por la noche y en la mañana siguiente los soldados de este Batallón, que continuó en su puesto de avanzada, estaban satisfechísimos de la victoria obtenida sobre el enemigo. Muchos de ellos, recordando la gran festividad cristiana que con estos sucesos coincidía, atribuían á la protección de la Virgen el buen éxito que habían alcanzado. Para que se comprenda que realmente la fe cristiana vivía y obraba entre los soldados carlistas, véase un episodio que ocurrió durante la acción de este día. En una de las cargas á la bayoneta, un oficial del cuarto Batallón (callo su nombre, porque aun vive) seguía de cerca á tres soldados liberales, que, como los demás, huían delante de los nuestros; dióles sin resultado notable algunos pinchazos por la espalda (la hoja de la espada se doblaba como de hojalata), y uno de los *guiris*, habiendo tropezado, cayó al suelo; al ver al oficial carlista junto á sí con la espada alzada, extendió los brazos gritando: ¡Por mi madre, la vida!—El oficial retiró su espada y le dijo como vido:

—Mañana es día de la Virgen; por la Virgen te perdono; ¡levántate!

Levantóse y fué llevado con los demás prisioneros. Algunas horas más tarde, visitando el mismo oficial la casa donde estaban recogidos los prisioneros, el soldado liberal en seguida le reconoció y le dijo con acento de gratitud:—A usted debo yo la vida.

—A mí no—le contestó el oficial carlista;—á la Virgen le debes la vida. Acuérdate que mañana es su fiesta.

Al día siguiente se renovó el combate, más prolongado y sangriento que la víspera. Es más que probable que si Loma hubiese hecho entrar en línea el día 7 de diciembre las numerosas fuerzas con que acometió á los carlistas el día 8, éstos no hubieran podido humanamente resistir el

empuje de los liberales en aquellas posiciones, bastante peladas, desprovistas de parapetos y defensas (ya he dicho que nuestra línea estaba en Andoaín), y con tan escaso número de soldados guipuzcoanos. Pero la victoria del 7 multiplicó los alientos y el ánimo generoso de los voluntarios carlistas, y ya con esto, en ninguna cosa pensaban menos que en ceder el terreno, mientras pudieran sostener los fusiles en las manos. Por esto es que la acción del 7 fué un preludio feliz de la victoria del inmediato, y el principio del

gran descalabro que los liberales de San Sebastián sufrieron en los planes y ensueños de dominación de la provincia en aquella fecha.

En otro artículo veremos esta nueva victoria de las armas carlistas.

EL MARQUÉS DE VALDE-ESPINA.

APUNTES SOBRE LA ULTIMA GUERRA CIVIL

(Conclusión)

Acusábasela por éste de que prefería en su asistencia á los heridos liberales, y aun por algunos se



25 de Marzo de 1874.—Puente de Somorrostro á las ocho de la mañana.

llegó á suponer que trascendían por conducto de la Cruz Roja al campo enemigo ciertas noticias que no convenía trascendiesen, validos de su paso continuo de uno á otro campo. Por nuestra parte, negándonos en absoluto á esto último, nos hacemos eco de las dos versiones, únicamente para justificar el origen de la asociación de «La Caridad», á cuyo sostenimiento contribuían los fondos remitidos por particulares de todas las provincias de España á los Directores de la Asociación, pero que no tenían la cláusula de sólo «Socorros para heridos liberales». De esta última clase de suscripciones venían llenos los periódicos liberales. Pero de lo que principalmente vivía «La Caridad» era de la considerable cantidad de efectos que periódica y generosamente remitía de Francia la Junta que tan dignamente presidía la caritativa Señora Do-

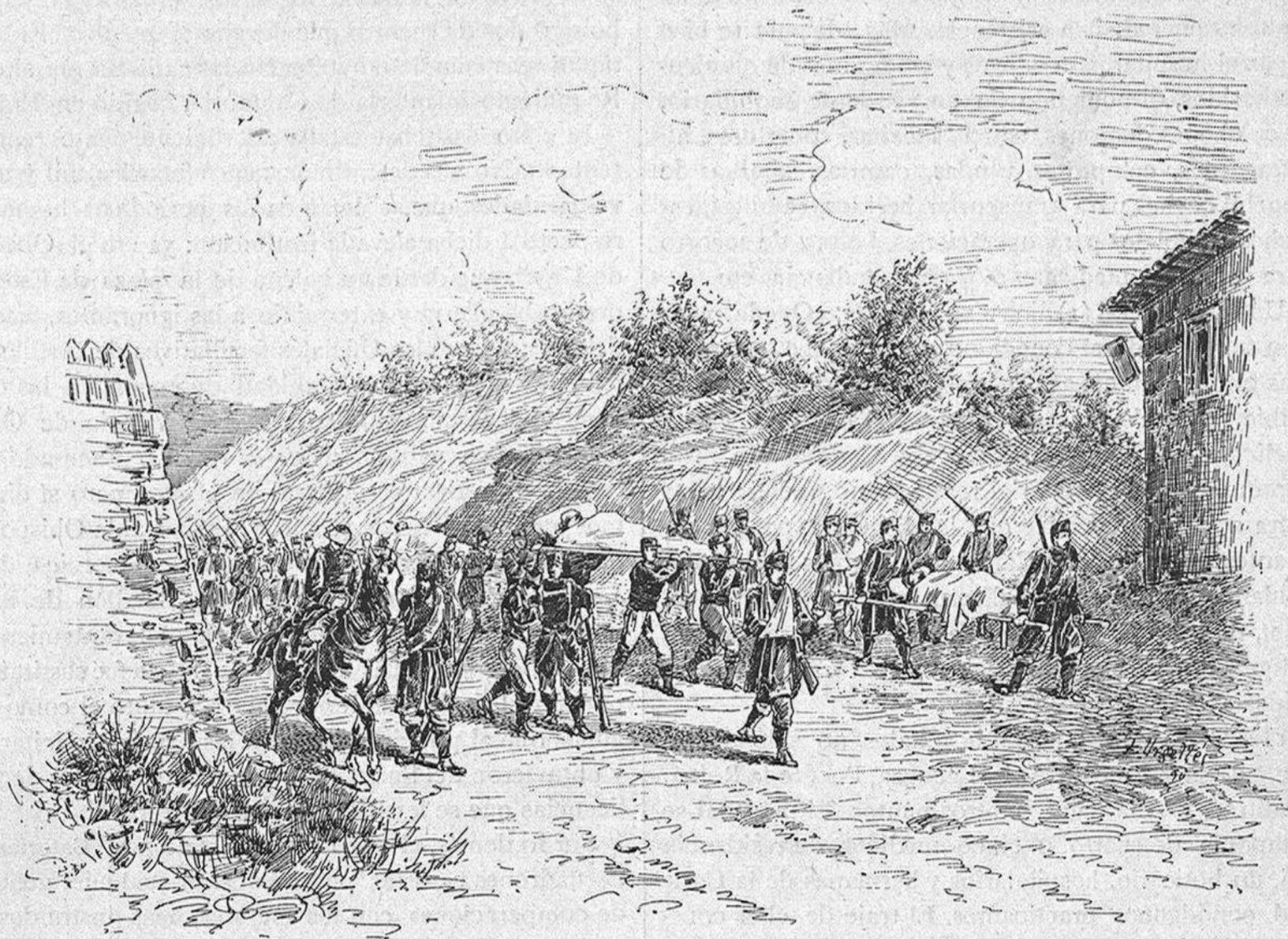
ña Margarita de Borbón, esposa de Don Carlos (1).

(1) Doña Margarita de Borbón, hermana del Duque de Parma, es una señora de claro talento, vastísima instrucción, y sobre todo de un corazón sensible y dispuesto á remediar todas las desgracias que le permitía el estado entonces poco lisonjero de su fortuna. Aun antes de haber entrado en España, había tenido ocasión de ejercer su inagotable caridad, asistiendo y curando por sí misma, en su casa de campo de Burdeos, primero al Coronel Rada, Jefe del Batallón de la Reina; al Coronel de la Caballería, Pérula; y á algunos otros después. Al volver aquél á entrar en campaña, recibió además como presente particular de su Reina un hermoso caballo tordo, que desde su muerte en Santurce, siguió montando su cariñoso amigo el Coronel Calderón. No hacía Doña Margarita excursión alguna al teatro de la guerra, sin visitar menuda y detalladamente los hospitales, pasando largas horas en ellos y animando con su presencia, tanto á los heridos carlistas, como á los liberales.

Un escritor ya citado, y nada sospechoso por cierto, el Director de Sanidad Militar, D. Nicasio Landa, decía en junio de 1874 lo siguiente:—«Doña Margarita se personó en el edificio,

En los hospitales que esta Señora estableció en las Provincias, ayudada por el celo y prodigiosa actividad de la Señora Viuda de Calderón, del sacerdote Don Manuel Barrena y del caballero francés Mr. Bourgade, se daba una esmeradísima asistencia facultativa á los heridos de ambos campos que tenían la desgracia de caer bajo el plomo enemigo. El vacío que existía antes de crearse «La Caridad», era muy grande; los pobres heridos, pena nos da recordarlo, eran insuficientemente curados y socorridos. Aun recordamos haber visto poco menos que hacinados en habitaciones pequeñas, las más de ellas sin cristales ni ventanas, y por ende insalubres, en el hospital que se había impro-

visado en Abárzuza, en la carretera de Muez, a los heridos procedentes de la acción de Mañeru. El médico que los asistía, no tenía residencia fija en el hospital; las camas y demás efectos eran debidos al desprendimiento particular de los vecinos de los pueblos comarcanos, y el irremplazable instituto de las hermanas de San Vicente de Paul era sustituido por los parientes de los heridos, por sus conocidos y aun por sus propias madres, si no carecían de recursos para trasladarse de un punto á otro. Uno de los espectáculos que más presente se nos quedó en la imaginación, fué el ver á dos heridos carlistas, padre é hijo, asistidos varonil, pero nada facultativamente, como es de supo-



26 de Marzo de 1874.—Convoy de heridos atravesando un desfiladero de la montaña de Las Cortes.

ner, por la esposa y madre de ambos desgraciados.

Antes de Lesaca é Irache, hubo hospitales en Go-

»á mirar por carlistas y liberales. La importancia entonces cobrada, no la desmintió dicho hospital (Irache), con motivo de los hechos de Lácar, Sesma, Treviño y demás ocurridos hasta la última acción de Montejurra, desde cuya época lo tomaron los liberales bajo su dominio.»—La esclarecida Señora de quien nos ocupamos, aparte del natural interés que le inspiraba la guerra que su esposo y sus partidarios sostenían en España, no se mezclaba para nada en turbulencias ni en política de ninguna clase. La educación de sus hijos y el buen servicio de los hospitales eran su única y exclusiva ocupación al otro lado de la frontera. Entre sus dotes naturales, figuraba su prodigiosa memoria, que la hacía no olvidar las personas, una vez vistas, ni sus hechos, una vez conocidos.

Entre sus virtudes, sobresalía la caridad cristiana, que hacía no se apartasen de ella desconsolados tantísimos voluntarios, y aun las familias que se acogían bajo su poderosa protección. Saludemos, pues, á la egregia Princesa con toda la consideración y el profundo respeto que merece.

llano (Amézcuas) y en varios establecimientos balnearios, creados y sostenidos por las Diputaciones exclusivamente. El de Irache, sin embargo, vino á ser la Providencia de los heridos que caían bajo el hierro ó el plomo en los campos de Navarra. Antes de su instalación, se hicieron las obras más indispensables para habilitar de hospital el antiguo convento, que por su magnitud, estado de conservación y sobre todo por su situación topográfica, se prestaba, más que ningún otro, al objeto á que se le destinó.

No contribuyó poco la presencia, en el local del Conde de Belascoáin para la rapidez é inteligente dirección de las obras, así como el haberse alojado en el mismo edificio la referida Sra. de Calderón, dos ó tres médicos, y los Sres. Bourgade y Barrena, estableciendo en él una botica y lo más necesario para la cura-

ción de los heridos. La Compañía de Zapadores de Navarra, que mandaba el Sr. Argila, fué utilizada convenientemente para los trabajos, y el Comandante General Ollo apoyó y obtuvo se interesase la Junta de Navarra en la pronta terminación de las obras. A favor de todas estas circunstancias reunidas, se debió que en el escaso intervalo de un mes se hallase preparado Irache con camas, servicio facultativo, botica y salas bastantes para recibir, como recibió, todos los heridos carlistas y liberales que lo fueron en la acción de Montejurra. Sentimos no recordar el número; pero calculamos acogería el hospital lo menos 250 de los primeros y diez de los segundos. Los oficiales tenían salas perfectamente acondicionadas, donde disfrutaban de una esmeradísima asistencia. Más adelante se hizo capaz el hospital para acoger y cuidar más de quinientos heridos, disponiendo de un excelente mobiliario, de colchones, jergones, catres, sábanas, cobertores, hilas, mantas, compresas, vendas, camisas, almillas de franela, coches para transportar heridos, camillas, estuches completos para operaciones, bolsas de socorro para campaña, medicamentos en abundancia, etc.

Un autor liberal (1) dice textualmente: «Queda, pues, sin fundamento el conocido rumor de que los carlistas empleaban en armas y pólvora el dinero que recibían para hilas y medicamentos. Tan escrupuloso y delicado andaba en esta parte el Comité, que hasta procuraba que el material remitido no pudiese tener otra aplicación posible que la dispuesta por los donantes. Regaló á «La Caridad» soberbios coches ambulancias; pero no caballerías que los arrastrasen. Así, no hubo probabilidad de que arrastrase cañones el ganado que exclusivamente debía transportar heridos.»

«La Caridad» estableció hospitales, no sólo en Irache y Lesaca, sino en Aoiz, Lacunza, Puente-la Reina, Santurce, y Verástegui y otros puntos. El personal se componía de cuatro ó cinco médicos, de residencia fija, un boticario, hospitalarios y hermanas de la Caridad, con algunos practicantes. El traje de ellos constaba de boina morada, blusas con cinturón y pantalones del mismo color, y una margarita en lugar de chapa en la primera.

El ya citado autor liberal continúa así más adelante: «La disposición de los hechos, el orden del servicio, la previsión de todas las comodidades, no tenían que envidiar á los hospitales de primera categoría. La fiebre purulenta, tan común en los hospitales de campaña, no se conoció nunca en Irache, por grande que fuese la aglomeración de heridos.—Merecían especial mención, en el hospital de Irache, el gabinete de Química, espléndentemente surtido; la ropería, y en una palabra, todas las dependencias naturales en esta clase de establecimientos. Todas las salas estaban cruzadas de estufas, que en el invierno hacían pasar

(1) Algunas veces, durante el curso de nuestros apuntes, nos veremos obligados á nombrar al corresponsal de la Cruz Roja, D. Saturnino Giménez, para rectificar conceptos, acaso equivocados. Su obra se distingue por su comedido lenguaje, á pesar de revelarse en ocasiones la opinión particular del autor.

desapercibida la cruda temperatura propia de aquel país. Dos secciones de ambulancia volante se encontraban permanentes en Irache y dispuestas á entrar en acción.»

Estas ambulancias volantes desempeñaron luego un gran papel en las operaciones sobre el Carrascal, Lumbier, Pamplona y otros hechos de guerra. Por su parte, las Diputaciones de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava fundaron y dotaron muy bien sus hospitales particulares de Loyola, Valmaseda, Galdácano, Durango, Santa Agueda y otros.

Las ambulancias de los Batallones y Baterías consistían únicamente en media docena de camillas, que se llevaban en mulos al lugar de las refriegas, y una bolsa ó dos de socorro que llevaba el médico. El botiquín más completo que tenían los carlistas era el del Regimiento Infantería de Cantabria, cogido en Eraul.

El clero castrense estaba convenientemente representado. No nos detendremos en refutar las mil y una vulgaridades que se leían en los periódicos liberales respecto á dicha elevada institución: ya era el Obispo de Urgel, que desde un balcón de la plaza de Estella predicaba guerra y exterminio á las ignorantes masas del país; ya que los Oficiales facultativos de Artillería habían tenido la poca dignidad de ponerse á las órdenes del Jesuíta Goiriena; que el Vicario de Orio mandaba una partida, *et sic de cæteris*. Excusado es, repetimos, refutar estas frases de efecto; pero sí diremos que nunca vimos predicar al respetable Obispo, y que á nuestra llegada sólo el Cura de Guernica, don León Iriarte, tenía el mando del Batallón de este nombre, por haberlo creado cuando el levantamiento. Sin embargo, después del sitio de Bilbao fué sustituido por otro Jefe de la anterior guerra, y tanto él como algunos que al principio tomaron las armas, solicitaron y obtuvieron del Sumo Pontífice la devolución de las licencias que se les habían recogido.

Por lo demás, el clero de los Batallones, Baterías y Escuadrones carlistas podía arrostrar cualquier género de comparaciones con los mejores, más instruidos y más puros de su sagrado ministerio.

Los Estados Mayores no sufrieron alteración sensible durante la campaña, por lo que respecta á su organización. El General en Jefe del Ejército carlista era Don Carlos de Borbón. Tanto antes de la creación del Ministerio de la Guerra, como después, el General Jefe de Estado Mayor general era el que disponía y mandaba las operaciones, en unión con el Capitán general de las Provincias (cuando lo había). En 1.º de Septiembre de 1873 desempeñaba el primer cargo D. Joaquín Elío, y el segundo D. Antonio Dorregaray.

El Jefe de Estado Mayor general, á falta de Ministro, asumía en sí los dos destinos, dando colocación á cuantos Jefes y Oficiales del Ejército se iban presentando, ó los que le eran propuestos por los Comandantes generales. A sus órdenes llevaba á los Generales, Jefes y Oficiales que no tenían mando; en el tiempo á que nos referimos, estaban en él los Generales Cevallos, Lirio, Marqués de Valde-Espina, Belda; el Co-

mandante general de Artillería y de Ingenieros también se hallaban afectos al Cuartel general; el Brigadier Arellano, el Coronel Jover, de Estado Mayor; Villar, de Ingenieros; Comandantes Albalat, Villar y otros; Coroneles Recondo, Valluerca, etc. Los expedientes personales se resolvían, previo informe del Capitán y Comandantes generales.

Don Antonio Dorregaray tenía de Jefe de Estado Mayor á D. Antonio Oliver, y á sus órdenes á los Coroneles de la Armada Patero y Alvarez y algunos otros. Cada una de las cuatro Provincias tenía, como hemos dicho, su Comandante general, con sus Jefes de Estado Mayor particulares y Oficiales á sus órdenes. En Navarra desempeñaba este cargo D. Ramón Argonz; en Vizcaya, D. Carlos Costa; en Guipúzcoa, D. José Feliu, y en Alava, D. Torcuato Mendiri. Hallábanse á las órdenes respectivamente en ellas, los Brigadieres Iturmendi y Zaldueño, Coroneles Iza y Torrecilla, Andéchaga, etc., etc., y por lo general todos aquellos que no tenían determinado mando en los Batallones organizados ya.

En toda población de alguna importancia había Comandantes de armas, todos ellos ó la mayor parte naturales del país, y que no sólo daban cuenta diariamente á sus respectivos Comandantes generales de los movimientos y recursos con que contaba el enemigo, sino de todo cuanto podía convenir en cualquier sentido á la seguridad y descansada organización y desenvolvimiento de las fuerzas. Los Comandantes de armas de los pueblos próximos al enemigo, como los de Puente, Los Arcos, Allo, Salvatierra, La Barranca y demás, desempeñaron siempre una difícil y arriesgada misión, viéndose muy expuestos á caer prisioneros á poco que el enemigo saliese de sus cantones. Y sin embargo, la mayor parte dormían tranquilamente á dos pasos del Ejército y columnas republicanas, fiados en el espíritu carlista del país. En plazas como Estella, Durango, Tolosa, los Gobernadores dejaban de ser Comandantes de armas, desempeñando aquellos mandos los Brigadieres Senosiain, Landa, Mergeliza, Lerga, Ontiveros, Iturmendi é Iturzaeta, procedentes todos ellos de la primera guerra civil.

Mucho tendríamos que hablar de los partidarios, por lo complejo de su cometido y lo importantes que fueron sus servicios durante toda la campaña. Estos eran dar cuenta al Ministro de los movimientos que hacían ó intentaban las diferentes columnas republicanas; apresar é impedir su racionamiento, apoderándose de sus comunicaciones y correspondencias; coger los rezagados é impedir ó retardar sus proyectos, debiendo advertir que estos penosísimos servicios no se lograban nunca sin que mediase fuego y las consiguientes bajas. Su número y clase era muy variable; había partidas de sólo Infantería ó de las dos armas, y oscilaban de 12 á 20 individuos, hasta 100. Merecen entre todos citarse los que estaban situados alrededor de las poblaciones bloqueadas ó sitiadas, los que especialmente de noche velaban tan cerca del enemigo, que oían hasta sus conversaciones, teniendo inteligencias en las plazas y arriesgándose á entrar á veces en ellas, coger raciones

y prisioneros, y saber cuantas noticias importaba. En Navarra figuraron siempre mucho Portillo y Mateo (de la pasada guerra civil), en los alrededores de Sesma, Lerín, Viana, Larraga; en Guipúzcoa, Ochavo, Alberdi, Mugarza; en Vizcaya, Caballuco, Vicente García; en la Rioja, Llorente, etc. Por último, el célebre canónigo D. Antonio Milla, que atravesó desde Asturias y condujo intacto á las provincias el Batallón Asturiano, esquivando diestramente tropezar con el enemigo en su larguísimo trayecto.

Hasta Mayo de 1875 no se organizó el Supremo Consejo de la Guerra; pero hubo uno permanentemente en cada Provincia desde el año 1873. Estos Consejos se componían de un Coronel ó Brigadier presidente y seis ú ocho vocales, Jefes del Ejército carlista, con sus Fiscales y Asesores correspondientes. Se ocupaban de sentenciar las causas formadas por los Oficiales ó Ayudantes de los Cuerpos y el Capitán general ó Jefe de Estado Mayor general sentenciaban sin apelación. Residían en Vergara, Guernica y Estella.

La situación de las fuerzas carlistas en esta época de organización, no puede fijarse con exactitud; la guerra era defensiva por parte de éstos, y por consecuencia, su situación, concentración ó separación dependía de las del ejército republicano. Prescindiendo de las partidas que operaban generalmente alrededor de las poblaciones importantes, la situación del Ejército carlista era la siguiente:—En Navarra operaba el General Olo con seis Batallones y dos ó tres alaveses, contando con el Riojano.—En Vizcaya operaba el Brigadier Andéchaga con cuatro Batallones en los alrededores de Portugalete y Bilbao; el General Velasco con los restantes en la Provincia, y algunas veces se corría á Guipúzcoa.—En ésta se hallaban los seis batallones guipuzcoanos, con su Comandante general Lizárraga, en los alrededores de Tolosa y por la costa.—Los restantes alaveses hacía Vitoria, y la Caballería de Navarra en Allo y Oteiza, avanzada hacía las posiciones enemigas.

ANTONIO BREA.

CONSIDERACIONES

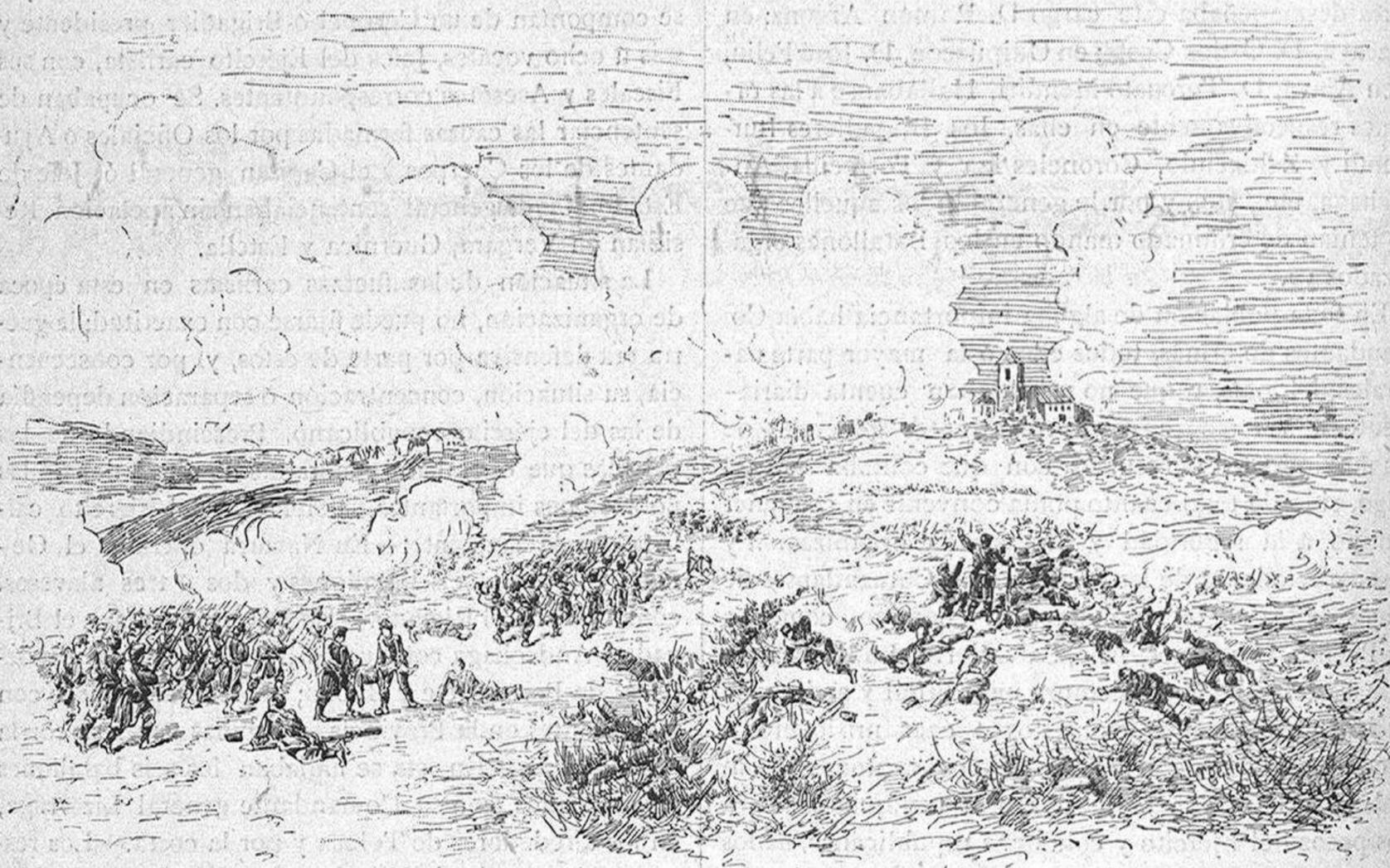
SOBRE EL ESPÍRITU MILITAR

UN cuerpo que carece de alma es un objeto sin vida propia; y esto precisamente viene á ser un ejército que carece de espíritu militar. La disciplina, como esencia de las leyes y reglamentos, es la que imprime orden y fija reglas de conducta á todas las clases que componen una fuerza armada cualesquiera. Con ella subsiste la moralidad entre los militares y se hacen punibles los abusos. Todo esto unido á los efectos de la subordinación, que no es otra cosa sino el deber de la obediencia, da unidad material á los que, reunidos como soldados, están destinados á combatir. Pero si éste es el cuerpo compacto, para que pueda cumplir su misión necesita otra especie de unidad más interesante, la unidad moral, hija del espíritu militar.

¿Y qué es el espíritu militar? Nosotros lo definiremos diciendo que es el ánimo, el valor y la buena educación de cada individuo; es la disposición de todos á obedecer, como subordinados, el mandato de sus superiores, y la severidad bien entendida de estos superiores con los que se hallan á sus órdenes; por último, la inclinación de los que militan á alcanzar honores y gloria en su carrera. Si á estas cosas se agrega el celo por el cumplimiento de sus deberes, la convicción de la justicia con que ejercen su profesión y un estrecho compañerismo con los de su clase, resultará en un ejército, grande espíritu militar.

Y puesto que, según nuestra definición, el espíritu militar requiere la existencia de la disciplina y de la subordinación, el ánimo, el valor, la buena educación y el deseo de conseguir honores y gloria en la carrera, nos ocuparemos brevemente en todo esto con relación á nuestro ejército, que tantos lauros conquistó en las ya pasadas luchas y conquistará, á no dudarlo, con la ayuda de Dios, si nuevamente llegare la hora de apoyar con las armas nuestro sagrado lema.

La misión del soldado es siempre grave é importante. Del cumplimiento de sus deberes, de la buena organización á que se halla sujeto y de sus virtudes



27 de Marzo de 1874.—Ataque á Murrieta y á la iglesia de San Pedro Abanto, por las tropas liberales.

pende la suerte de la patria, por cuya razón es conveniente examinar bien las condiciones que deben adornarle y las prescripciones que han de regirle. Y hay que hacer este examen con algún estudio, porque de otro modo más preocupa que enseña.

Principiando por *la disciplina*, haremos notar que no es fácil tenga una práctica regular en un ejército donde estén pervertidas las costumbres; pues con los vicios son incompatibles la abstención de los excesos, y producen por lo regular los abusos que relajan el buen orden y quebrantan las mejores disposiciones.

Ella se mantiene en los ejércitos por dos distintos y opuestos resortes: las recompensas y los castigos. Las tropas en que menos haya que aplicar unos y otros, son sin duda alguna las mejores y las que tienen grandes ventajas para obtener la victoria. Un ejemplo tenemos que comprueba esta verdad: ahí están los ejércitos francés y alemán. El primero tuvo que ver, después de la célebre guerra de 1870 y de todas las perturbaciones ocurridas en su nación, revisados los grados;

mientras que el segundo apenas obtuvo otras recompensas que una cruz muy honorífica concedida con muchas restricciones después de contraer relevantes méritos. En el ejército francés se cometieron varios delitos por falta de disciplina, en tanto que los soldados alemanes fueron rara vez dignos de castigo. Al reflexionar sobre estos datos, se descubre en seguida lo que puede la moralidad y el espíritu militar para llegar á vencer.

La subordinación es indispensable en un ejército, si ha de tener orden; debiendo estar completamente enlazadas las prescripciones para la sucesiva obediencia de cada clase á los de las más elevadas, principiando por la inmediata.

Ahora bien; la subordinación ha de ser exacta y bien determinada, y la disciplina severa, pero justa. Para nosotros, según nuestra opinión, la ley militar debe tener establecido que se falta á la subordinación cuando se desobedece en aquello que el superior puede mandar, pero igualmente cuando se ordena lo que

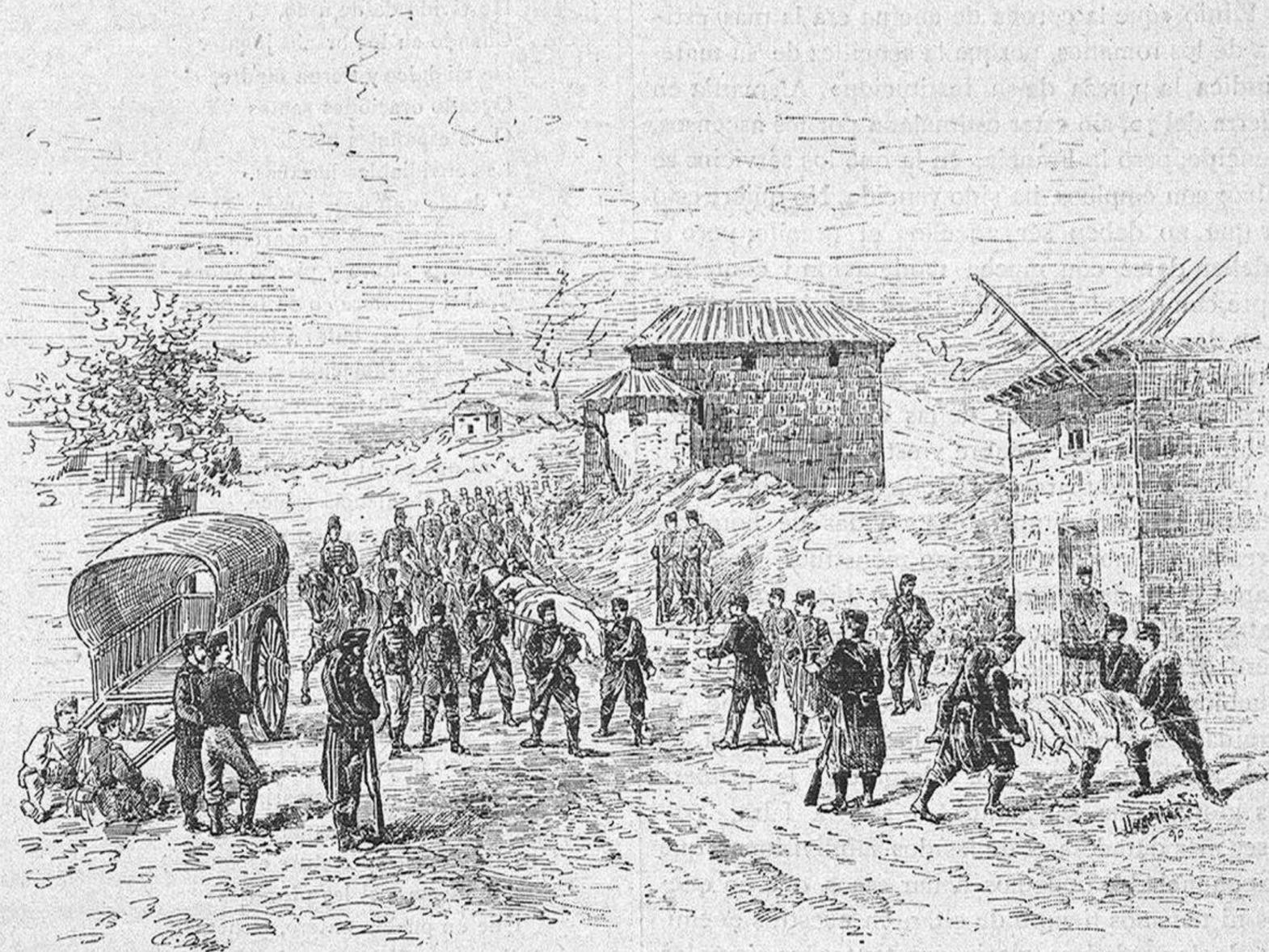
no está permitido al superior; y respecto á la disciplina, que comete delito todo aquel que se aparta, sin estar autorizado debidamente, del orden prescrito en las Reales Ordenanzas militares y Reglamentos.

En este concepto, la desobediencia al precepto militar legal, del inferior, constituye delito, así como el superior, como tal, delinque abusando de su autoridad, ya manteniendo en su modo de obrar un mal propósito, ya acudiendo á vías de hecho contra cualquier subordinado ó imponiéndole un castigo injusto.

El ánimo es un esfuerzo del alma que mueve la voluntad quitándola toda vacilación y decaimiento para

acometer cualquier empresa difícil ó peligrosa. Una de las más raras y elevadas prendas de un jefe es el saber dar el ánimo á sus soldados. En ocasiones vale más esto que la mejor evolución táctica. Un general pensador y filósofo es el más á propósito para infundir ánimo á sus tropas.

El valor es la fuerza, la actividad y eficacia del alma que no teme el peligro. Pero no debe confundirse el verdadero valor con la temeridad, que es el arrojo imprudente que no medita ni examina los peligros. Del valor militar se forman á menudo muy falsas ideas. El valor que no cumple con ciertas condiciones, no es una



27 de Marzo de 1874.—El general Primo de Rivera, herido, es transportado á Somorrostro.

virtud, pues no consiste en pelear con denuedo ni en abrirse camino con las armas, sino en prevenirse con alma serena de los riesgos, sin retroceder en ellos, abrigando en las empresas militares cierta elevación de pensamientos. El genio inquieto y altivo, cuyo ardor no puede apagarse sino con sangre y venganzas, y con ostentar ridículas demostraciones de coraje y soberbia delante del enemigo, no demuestra valor, sino furor y barbaridad.

Por *buena educación* entendemos la inculcación de los sentimientos de honor y de los principios de religión y moralidad, para que el militar obre impulsado por estos sentimientos y principios; porque de un militar sin honor, ni religión, ni moralidad, nunca pueden esperarse distinguidas acciones en el cumplimiento de sus deberes; antes bien, puede considerarse comprome-

tido el ejército que abunde en esta clase de individuos.

El amor al servicio, el entusiasmo por la profesión y el convencimiento de la justicia con que se practica, juntamente con el compañerismo de los individuos, nacido de la amistad de sus iguales, del respeto de los inferiores y de la benevolencia de los superiores, son bases de buena organización.

Todas las circunstancias y virtudes que hemos definido son *el espíritu militar*, que hace aspirar al soldado, al oficial y al jefe á alcanzar gloria y honores, desarrollando una pasión que, si no está dominada por la religión y la moral, produce en los ejércitos los mayores estragos. En todas las épocas ha sido la ambición y el amor á la gloria un grande estímulo para los guerreros; pero en cada una se marca de un modo

peculiar la índole de sus tropas. Los griegos usaron en los días de su grandeza, para satisfacer y premiar á sus guerreros y caudillos militares, los arcos, triunfos, estatuas y mil géneros de invenciones consagradas á los dioses de la guerra. Los romanos igualmente se sirvieron de premios tan desinteresados. Se creó la corona cívica, que era de grama ó de encina; la corona obsidional, tejida sólo de grama, que se consideraba como la más distinguida de las insignias militares. Y era tal el desinterés de tales tropas, cuando aquellas naciones no se habían corrompido, que mientras la materia que orlaba la corona era más humilde, tanto más manifestaba la grandeza del que la había merecido. Así dice Plinio «que la corona de encina era la más estimada de los romanos, porque la sencillez de su materia indica la pureza de su institución». Alemania en la guerra del 70, sin estar estimulada por los ascensos, ha vencido; pero la Francia, en la que los servicios se pagaban con empleos, ha sido vencida. No quiere esto decir que no deben ser aquéllos el premio; pero sí que deben darse con mucha moderación y contando siempre con que el premiado tiene suficiente aptitud para su desempeño.

Respecto á *la gloria*, nosotros, al estudiarla, distinguimos dos muy diferentes, de las cuales, la primera no debiera llevar este nombre y está fundada sobre lo falso, lo cruel y lo maravilloso, que hace celebrar á la posteridad acciones vituperables y vidas de hombres que realmente no han sido sino monstruos, que derramaron lagos de sangre humana, ó bien traidores á su Patria y á su Rey, y en segundo lugar, aquella gloria verdadera, nacida de la admiración y del amor de los pueblos que recuerdan la grandeza del héroe, su humanidad, su valor, sus acciones bienhechoras, su lealtad acrisolada, etc. Por desgracia, la primera de las glorias que señalamos, ó sea la falsa, parece ser más duradera, y de las dos subdivisiones que hemos enunciado, podemos hallar casos, que no queremos ni tenemos tiempo de citar, en nuestros enemigos y de la verdadera gloria son tantos los ejemplos que en nuestro ejército se encuentran, que no sabríamos cuál tomar por modelo. Pero en el mundo, tarde ó temprano, también se hace justicia, y tiempo vendrá, mediante la Divina Providencia, en que si las preocupaciones y la ignorancia llaman grandes á algunos dominadores sanguinarios y á los traidores, llegará el día de la verdadera y justa residencia, que condenará á los que por su interés personal atropellaron la humanidad en sus contemporáneos.

Las breves indicaciones que llevamos hechas, creemos que dejarán conocer cómo debe entenderse el espíritu militar, que tan necesario es á todo ejército para conseguir el laurel de la victoria.

A. DE L. M.

A UN AMIGO

Decís que á la verdad falto
Porque, viviendo en Bizcaya,

Fecho en el noble Aragón
Mis artículos ó cartas;
Pero sin duda olvidáis
Que vive más donde ama,
El hombre, que donde anima,
Y por esta razón clara,
Si en el noble Señorío
Mi cuerpo habita, mi alma
Aun respira, pues que aliento,
El ambiente de mi patria.
Bizcaínos y aragoneses,
Fundaron mi noble Casa;
Su sangre me transmitieron,
Y en Aragón y en Bizcaya
He vivido desde niño,
Cuando en los brazos jugaba
De mi dulce y tierna madre,
Oyendo oraciones santas
O de españoles heroicos
Las envidiables hazañas.
Y desde entonces jamás
Sus enseñanzas se apartan
De mí, y siento y pienso ahora,
Cual si estuviere en su falda,
Que debo dar culto á Dios
Y á María Inmaculada;
Extender, cuanto yo pueda,
De Catalayud la fama,
Y al que es mi Rey y Señor
Rendir obediencia franca.
¡Que en Aragón hoy no habito!
¿Acaso habita en España
Don Carlos? Y porque no
Tenga aquí su Real morada,
¿Quién duda que no es posible
Que pueda decir, como El,
Vivo en medio de mi patria....?
¿No vive de sus memorias?
¿No se nutre de sus auras?
¿No está siempre entre españoles?
¿No llegan á él las plegarias
Que un pueblo entero, frenético,
Fervoroso le consagra?
¿Qué importa que viva allí,
Si aquí, está lo que más ama?
No somos de vil materia
Compuesto, artificio ó masa;
La sangre puede verterse,
Es siempre la carne flaca,
El cuerpo se desmorona
Y es la conquista más alta
Del hombre, que es sólo hombre,
Polvo, humo, ceniza, nada.
¡Hombre humano! Podredumbre.
¡Hombre endiosado! No canta
De querubines el coro
Mayor excelencia. Tanta
Es la de Dios, que tomó
Carne en las puras entrañas
De una Virgen sin pecado
Concebida y ensalzada.
Maldigo al hombre demonio;
Al hombre arcángel se abraza
Mi corazón, y del ángel
Tomando las nobles alas,

Siempre que sobre el papel
 Mi mano los signos traza,
 Poesías escribiendo
 O borroneando cartas,
 Me transporto á mi Aragón
 Y puedo, sin grave falta
 Del octavo mandamiento,
 Estas y aquéllas fecharlas
 En el suelo del Pilar,
 Aun sin salir de Bizcaya.

JAIME DE LOBERA.

Castillo de Cetina, enero de 1890.

LA DEFENSA DE LOS PIRINEOS

VI

Si, pues, es en tal concepto exagerada la cifra de 300.000 hombres para el ejército de primera línea, que no lo sería desde el punto de vista exclusivo de una completa organización, en manera alguna podemos descender de la de 200.000 soldados efectivos, con sus correspondientes dotaciones de ganado y material, para cuyo completo nos falta aún bastante, y ese ejército, que es con el que en el día se puede contar por la elevación de las tropas activas al pie de guerra, ha de tener la consistencia necesaria, es preciso mantener sobre las armas permanentemente la mitad de su fuerza. Con otros 200.000 soldados instruidos, que en tales condiciones proporcionará la segunda reserva, cuando la ley actual de reclutamiento haya alcanzado todo su desarrollo, y teniendo en cuenta también las fuerzas de Guardia civil, Carabineros é infantería de Marina, se obtendría así un total de 440 ó 450.000 hombres organizados y disponibles en breve plazo, á los cuales podría incorporarse algo más tarde, embebiéndola en sus cuadros, una parte de las reservas de Infantería que en la paz carecen de instrucción, y todo este conjunto, con el apoyo del país y con las ventajas que, á cambio de inconvenientes graves, ofrece el hacer la guerra en el propio territorio, podrían sostener la lucha con éxito contra la fuerza probable de la invasión ó prolongarla al menos hasta abatir la constancia del adversario ante los inmensos esfuerzos que su continuación por largo tiempo le exigiría. Mejor sería disponer todavía de mayores fuerzas organizadas, para igualar, cuando menos, á las del ejército activo ó de campaña del enemigo, que habría de ser casi exclusivamente el que éste emplease en la invasión de una manera directa; pero esto constituye solamente un ideal hacia cuya realización deben tender nuestros esfuerzos, y aunque tal vez pudiéramos aproximarnos más á él si, en lugar de hacer nuevas economías, se tratase de dar al presupuesto de la Guerra una inversión mejor que permitiera hacer algo de lo que hemos dicho sobre instruir desde la paz parte de los reclutas en depósito, con lo cual acaso se consiguiera extender hasta 250.000 hombres el efectivo de primera línea, aunque sin el consiguiente aumento de dotación en Caballería y Artillería, no es de este lugar el entrar en mayores de-

talles para examinar la posibilidad de tal resultado (1).

Dejamos sentado, pues, en resumen, que la cifra de 100.000 hombres es necesaria para el ejército permanente, si los de campaña y de reserva han de alcanzar con la solidez necesaria el minimum de fuerza que hemos fijado como indispensable. Y no se invoque para combatir esta afirmación el recuerdo de hechos pasados; porque si en la última guerra civil se vió improvisar batallones y mandarlos inmediatamente á los ejércitos de operaciones, todo militar sabe que en los primeros meses sólo sirvieron para hacer bulto.

Como la fuerza actual del ejército permanente, que ni aun llega á la cifra que hemos fijado, no consiente el aumento de unidades orgánicas, cuando tan exiguo efectivo cuentan en todas las Armas, no es posible, según ya dijimos, un incremento considerable en las tropas fronterizas. En nuestro citado proyecto de organización se establecía en Cataluña un Cuerpo de 20 batallones, formado por dos divisiones de Infantería de línea mas una brigada, con la correspondiente dotación de las demás Armas y servicios de cazadores; otro de igual fuerza y composición en la región constituida por el territorio que próximamente cuentan hoy los tres distritos de Navarra, Burgos y Vascongadas, y en el mismo de Aragón actual, una fuerte división compuesta de tres brigadas, una de ellas de cazadores. La imposibilidad indicada de aumentar unidades, impedía la formación de un Cuerpo de ejército completo para esta última región, pues si bien se conseguía esto en otros proyectos conocidos, con igual número de regiones y sin aumento de fuerzas tampoco, era preciso para ello mezclar indistintamente en las divisiones los batallones de línea con los de cazadores, renunciando así de una manera definitiva á conservar éstos, ó lo que es lo mismo, conservando solamente el nombre, que es lo único que en realidad existe al presente; pero nosotros preferimos á una perfecta regularidad orgánica la ventaja que á la organización del ejército en conjunto había de reportar el proporcionar á los batallones de cazadores un reclutamiento escogido, que les diera su verdadero carácter de tropa especial, ó preferente más bien, permitiendo disponer de un elemento de tan gran importancia para muchos servicios que exigen extraordinario vigor físico y moral, y aun educación apropiada en el soldado, lo cual obliga lógicamente á colocar dichos bata-

(1) Atinadas son las razones que en apoyo de su tesis aduce el autor de este escrito; pero aun así nos parecen tan exageradas sus pretensiones respecto al contingente que cree debiera alcanzar nuestro ejército, que no llegamos á comprender de qué recursos se echaría mano en tal caso para nivelar los Presupuestos, que aun hoy distan mucho de arrojar las sumas suficientes con que atender á los gastos más apremiantes de la Nación española, que, á pesar de venir llamada por su configuración geográfica á ser una potencia marítima, cuenta con pocos y mal dotados navíos, que no es probable que, llegado el caso, pudieran, con todo y el valor de sus soldados, hacer respetar el pabellón español.—*N. de la R.*

llones en condiciones de relativa independencia, aconsejando la formación en las brigadas sueltas que hemos visto.

El total de infantería en las regiones fronterizas con Francia resulta en aquel proyecto de 52 batallones, de ellos 12 de cazadores; más del tercio, por lo tanto, de toda el Arma. Es, como se ve, algo mayor que el número actual, á costa de algún aumento también en el territorio que este ocupa, y creemos que difícilmente se puede conseguir más en esto sin descuidar otras atenciones igualmente importantes. Pero en lo que sí existe, á nuestro juicio, una ventaja de consideración

es en la presencia de esos 12 batallones de composición escogida y á propósito para operar en las comarcas montañosas de la frontera.

Aunque no creemos conveniente el dar á tales Cuerpos el carácter local y exclusivo de tropas de montaña fronteriza que tienen los alpinos italianos, porque los batallones de cazadores deben ser, en nuestra opinión, el modelo de su Arma en todas las cualidades de una buena infantería y la confianza del Ejército en los trances difíciles, estando siempre dispuestos á marchar en vanguardia de éste á donde quiera que su presencia sea necesaria, decíamos ya en el estudio citado sobre



27 de Marzo de 1874.—Ambulancia de heridos en la ermita de San Lorenzo.

organización, respecto á las condiciones que aquéllos debieran tener: «No es necesario para conseguir tal resultado el volver á la antigua y odiosa saca para las compañías y cuerpos de preferencia; mas sí es preciso dar á los batallones de cazadores la facultad de nutrirse de todas ó gran parte de las zonas del Cuerpo de ejército correspondiente, escogiendo escrupulosamente sus reclutas por las condiciones de robustez y agilidad que presenten, y también por las profesiones que ejerzan y sean favorables al desarrollo de tales cuidados, sobre todo si les familiarizan además con las armas de fuego; prefiriendo en todo caso á los naturales de comarcas montañosas, etc.» Esto obedecería, no solamente á la idea de conseguir, entre otras ventajas orgánicas que de la buena composición de esos batallones nos prometemos, la muy importante de contar

con una infantería en aptitud de ser empleada con éxito en cualquier tiempo y lugar como tropa ligera de montaña, sino que vendrá además á satisfacer la necesidad de tener siempre una fuerza dispuesta á ocupar en primer término las fronteras, la francesa sobre todo, mientras se llevase á efecto la movilización; para lo cual, además de la favorable composición que hemos visto, adecuada á la naturaleza del terreno donde más que otros cualesquiera serían llamados á operar, tendrían tales Cuerpos la ventaja de su mayor independencia, por no formar parte integrante de las divisiones ni aun de los cuerpos de ejército, y por no estar ligados para la movilización á zona determinada, acentuándose todavía más esta cualidad con la aplicación del principio que se establecía de mantener reunidas las brigadas de cazadores en lo posible; pero con cier-

ta separación de las guarniciones propiamente dichas de las plazas y puntos fortificados, así como también por la mayor fuerza que en pie de paz se les asignaba.

No podemos dejar de insistir sobre esta cuestión orgánica, cuyo interés, en lo que se refiere á la defensa de la frontera, es incontestable. Ya que no sea posible tener cuerpos permanentes especiales, reclutados y localizados en los valles de los Pirineos, á semejanza de las tropas alpinas de Italia, utilicemos el recurso precioso que pueden ofrecernos nuestros batallones de cazadores, si se les quiere dar las condiciones necesarias, lo que es inconcebible cómo no se ha hecho ya,

puesto que aquí no cabe la razón sempiterna de las escaseces del presupuesto. Así resultaría también plenamente justificada la existencia de éstos, contra la creencia de muchos militares, que niegan su utilidad, movidos tal vez del solo afán de variar, desechando para ello todo lo establecido.

Con la organización que hemos indicado, la que es preferible, para tal objeto por lo menos, á la de agregar un batallón de cazadores á cada brigada ó división, según proponen otros, dando á dichos batallones un efectivo de 600 hombres, ó si no se podía conseguir el pequeño aumento que esto representa, fijando-



28 de Marzo de 1874.—Enterramiento de los cadáveres, después de las batallas de Somorrostro.

les cuando menos como mínima la fuerza de 500, que habría de estar exenta de destinos fuera del cuerpo, aunque fuera preciso reducir en algunos hombres cada regimiento de línea, y haciendo que las brigadas de cazadores establecidas en Vascongadas, Aragón y Cataluña se ejercitasen, fraccionándose durante la buena estación, en marchas y operaciones por las respectivas comarcas fronterizas, con lo cual llegarían á adquirir un conocimiento grande de ellas, se supliría la falta de aquellos cuerpos especiales permanentes—pues de otra clase pronto veremos que sí se pueden formar—y se podría contrarrestar la ventaja que para el ataque de nuestra frontera pirenaica encontrarían seguramente los franceses en su reciente organización de los cazadores de los Alpes. Los cuatro batallones del Cuerpo de Cataluña deberían reclutarse exclusivamente dentro del Principado (actualmente, por una consecuencia chocante, no se nutre de las zonas del distrito

uno solo de los cuatro batallones de cazadores que también existen en él), sacando el mayor número posible de hombres de las zonas actuales de Figueras, Vich, Seo de Urgel y Tremp, ó de las que, según diremos más adelante, podrían sustituirlas, y después de ellas, de las demás situadas en terreno montañoso. Los de la brigada de Aragón no podrían nutrirse por completo en esta región, por carecer de población suficiente para que la elección fuera eficaz y que á la vez no faltasen recursos al reclutamiento de las demás fuerzas, por lo que habría de extenderse el de aquéllas á las partes más próximas de la inmediata región valenciana, que son precisamente las más quebradas de ella, y acaso también á la provincia de Soria, aunque ésta no formase parte de la que nos ocupa; pero de todas maneras debería destinarse á dichos batallones, distribuyéndola entre todos por igual, una buena porción de los excelentes reclutas procedentes de la montaña del

Alto Aragón, en las comarcas más fragosas que hoy forman parte de las zonas de Huesca y Barbastro, refundidas en una sola por el reciente decreto de organización de las reservas y el reclutamiento. En cuanto al Cuerpo de ejército que en nuestro proyecto, como en casi todos, se propone constituir en los actuales distritos de Navarra, Burgos y Vascongadas, reclutaría con preferencia sus batallones de cazadores en las partes fronterizas de Navarra y Guipúzcoa, que comprenden las zonas actuales de Pamplona y San Sebastián, de cuya reforma, así como la de sus semejantes de Aragón y Cataluña, trataremos en breve, asignándoseles también por la insuficiencia de dichas zonas las demás de la región que ofrecen condiciones á propósito y hasta las de la inmediata de Castilla la Vieja, enclavadas en los Pirineos Cantábricos y Astúricos. Del reclutamiento de los demás batallones del mismo instituto, nada tendríamos que decir, puesto que su misión primordial no sería, como la de los anteriores, defender los Pirineos; pero es claro que habría de ser semejante para la debida uniformidad de composición entre todos, pues también podrían ser llamados á operar en aquel mismo teatro y á fin de desempeñar análogo papel, llegado el caso, bien en los territorios montañosos contiguos á Portugal é interiores en él, ó en las serranías andaluzas que se alzan frente á Gibraltar y á las costas del Mediterráneo, y también en la cordillera que al otro lado del Estrecho defiende la entrada en el vecino Imperio marroquí.

La conveniencia de que las tropas destinadas á la guerra de montaña se formen con montañeses, y especialmente con naturales de las mismas comarcas en que principalmente hayan de combatir, está para nosotros fuera de toda duda. Aunque los franceses sostengan con la autoridad de algunos de los jefes más experimentados en las maniobras que anualmente verifican sus grupos alpinos, que éstos nada tienen que envidiar á los alpinos italianos, porque los hombres bien constituidos de las regiones llanas, llegan, en algunos meses de ejercicios, á ser mejores andarines de montaña que las gentes del país, nosotros, sin tanta experiencia seguramente, pero con algún conocimiento también de lo que son las montañas, creemos ver en esto una cuestión de conveniencia ó de amor propio nacional. Dado que el desarrollo de la cavidad torácica no sea mayor en los habitantes de las altas montañas, como algunos afirman, todavía es difícil de admitir tal superioridad por parte de las llanuras, por quien conozca prácticamente la excesiva fatiga que impone la marcha por terrenos escabrosos de fuertes pendientes.

Esa opinión de los franceses sobre la ventaja de las tropas reclutadas en países llanos para operar en montañas, una vez ejercitadas, podrá tener cierta exactitud relativa si se comparan hombres escogidos, naturales de comarcas de aquella naturaleza, con otros adoctrinados, que habiten en terreno montañoso, y aun será quizá verdadera en absoluto, tratándose de moradores en grandes altitudes, donde el excesivo enrarecimiento del aire es causa del empobrecimiento de la sangre

que suele observarse en ellos; mas dudamos mucho que pueda afirmarse en tesis general la posibilidad de que, á igualdad de las demás condiciones, llegue en breve plazo el habitante de la llanura ó de grandes poblaciones, no ya á superar, si que ni aun á igualar al montañés de nacimiento. Y por otra parte, si los músculos se endurecen pronto con el violento ejercicio á que obligan las marchas por terrenos de grandes pendientes, y el aparato respiratorio llega también á habituarse al exceso de trabajo que sufre en las ascensiones, aumentado al principio en las altas montañas por la fatiga que produce la disminución de la presión atmosférica, ¿cómo adquirir, sin una prolongada costumbre, la firmeza en la pisada que permita marchar resueltamente por los terrenos más difíciles, el vigor y la seguridad en los saltos, y la agilidad, en fin, necesaria para salvar toda clase de obstáculos? La rápida ojeada que descubre al primer golpe de vista la única dirección para escalar una cima, al parecer inabordable, ó permite escoger sin vacilar el camino practicable á través de multitud de accidentes para llegar á un punto lejano; la audacia indispensable para trepar por una ladera casi á pico, y el hábito del peligro que libra al montañés del vértigo al sentar la planta sobre el borde de un abismo, ¿acaso no exigen también una práctica de toda la vida?

FRANCISCO LARREA.

CATÁLOGO

DE LOS TROFEOS DE GUERRA DEPOSITADOS EN EL CUARTO DE BANDERAS DEL PALACIO LOREDÁN

(Continuación.)

26 Q.—Bandera del Batallón 1.º de Gerona, de la División de Gerona.

Concurrió á las batallas y asaltos de Castellfullit, Olot, Tordera, Besalú, Bañolas, Castellón de Ampurias, Berga, Prats de Llusanés, Prades, San Salvador de Breda, Tortellá, Granollers, Vich, Cardona y Alpens; tiene seis agujeros de otros tantos balazos recibidos en los anteriores hechos de armas.

De seda blanca en forma de pendón: en el anverso y centro, la imagen de San Narciso, surmontada del lema «Dios, Patria y Rey»; reverso y centro, el escudo de armas de España con la inscripción debajo «Viva Carlos VII»; sobre el estandarte, arriba, un lazo de seda blanca, y en medio de él los retratos de Don Carlos y de Doña Margarita, y á derecha é izquierda del pendón dos corbatas blancas con las inscripciones «María protege á los católicos» y «San Narciso ruega por nosotros».

27 R.—Estandarte de la escolta de Caballería de Su Alteza Real D. Alfonso de Borbón y Austria de Este.

El Serenísimo Señor Infante, General en Jefe de Cataluña y Centro, la dió á su escolta de Caballería, é hizo las campañas de ambos distritos militares de 1872 á 1876, concurriendo á casi todos los hechos de armas gloriosos que hubo en ellos.

De seda blanca; en el anverso y centro, la ima-

gen de la Purísima, surmontada del lema «Dios, Patria y Rey», y debajo la inscripción «Si quieres vencer, invoca á María»; á cada lado de la imagen las letras «C. 7.º», con corona real; en el reverso y en su parte inferior «Dedicada á S. A. R. el Infante D. Alfonso de B. y A.»

28 T.—Bandera del Batallón 1.º de Tortosa.

Hizo la campaña de 1833 á 1839, en toda la cual tomó activa parte, distinguiéndose en cuantos combates en ella entró, quedando manchada en sangre de los valientes que á ellos la llevaron.

De seda blanca: en el anverso y reverso, el escudo de armas de España, con cuatro escudos de barras de Cataluña en los ángulos de ambos lados.

29 S.—Bandera del Batallón 1.º del Maestrazgo del Ejército Real del Centro.

Se batió en Cuenca, Alcora, Vinaroz y Villafranca del Cid.

El anverso, de seda morado con dos franjas de seda en los extremos; en su centro, la imagen de la Purísima con el lema debajo «Dios, Patria y Rey». El reverso, de seda blanca y dos franjas color azul en los extremos; en su centro, el escudo de armas de España, con las inscripciones debajo «Primero del Maestrazgo» y «Carlos VII».

Al finalizar la guerra en 1876 fué enterrada para evitar que cayese en poder del enemigo, razón por la cual está bastante deteriorada, sobre todo la cara de la Virgen.

30.—Bandera del Batallón 2.º de Voluntarios del Ejército Real del Centro.

Existe duda de que sea ó no auténtica.

De seda blanca: en el anverso y centro, la imagen de la Purísima y á sus lados los escudos de armas de España y Maestrazgo, surmontada la imagen del lema «Dios, Patria y Rey» y debajo la inscripción «2.º Batallón de Voluntarios», con cuatro flores de lis en sus ángulos; el reverso todo él blanco y sin inscripción alguna.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Panorama de Somorrostro.

(Lámina suelta.)

Siendo tan importante la campaña de Somorrostro, y por ser el mes de marzo la época en que nuestro ejército libró las mayores batallas, dedicamos casi todos los grabados de este número á dar á conocer á nuestros abonados aquellas formidables posiciones que atrajeron hacia sí las miradas del mundo entero.

Sobre tan sangrientas jornadas dice lo siguiente un escritor carlista:

«¡Somorrostro!.... ¡A cuántas pobres madres habrá arrancado este nombre gemidos de desesperación! ¡Cuántas sentirán sus ojos humedecidos todavía, al oírle! Somorrostro simboliza la mayor hecatombe de esta sangrienta lucha en que combaten entre sí los españoles, ¡todos hermanos! Aquí ha caído el mortífero plomo como devastadora lluvia que arrebata en flor la espiga de los campos; aquí han vomitado desapiadada metralla las bocas de cien cañones; aquí ha segado la inexorable guadaña la más lozana mies de la juventud.

»Tres meses de campaña ruda han inmortalizado este recinto con arranques de sufrimiento y prodigios de valor. La inclemencia de los elementos se ha conjurado para hacer más pavorosos los desastres de la guerra. No hay peñasco en el valle ni arbusto en la montaña que no hayan sido teñidos en sangre ó recogido la postrer mirada de algún moribundo. Las bramado-

ras olas del mar vecino, son el canto fúnebre que ha acompañado los ayes de las víctimas. Las faldas de las colinas albergan en mal cubiertas zanjas montones de cadáveres, además de los que han enterrado en su vientre las aves de rapiña.

»El valle de Somorrostro está cerrado por una serie de cordilleras formando una herradura que termina en el Cantábrico. En ellas destacan sus enhiestas cumbres el monte Janco, con su cresta erizada de cañones, el alto de Galdames y el disputado Montañón. El pueblo que le da nombre, situado junto á la ría, se aleja á alguna distancia del mar, como si le infundieran miedo sus bramidos, á la manera que se aparta un muchacho tímido del alcance de un alano amarrado á la cadena. Compónese de diseminados caseríos y pequeños pueblos, algunos de cuyos nombres van unidos á una triste celebridad.

«¡San Pedro Abanto, Muzquiz, Murrieta, Sanfuentes, Las Cortes y Las Carreras!»

Tal era el aspecto de Somorrostro en las célebres jornadas que harán por mucho tiempo su nombre memorable.

Velada en honor al Marqués de Cerralbo.

(Lámina suelta.)

Por la magnificencia que revistió dicho acto, y por ser el salón de sesiones del Órculo Tradicionalista de Barcelona de extraordinario mérito artístico, mereció que sea conocido de nuestros lectores el suntuoso aspecto que ofreció dicho local en la noche del 15 de febrero de 1890.

Con decir que es dibujado por D. Paciano Ross, y que él mismo en persona hizo los apuntes del natural, queda suficientemente enaltecido el mérito de este trabajo y huelga también hacer constar que es de una admirable exactitud.

D. Juan de Borbón.

(Pág. 177.)

Don Juan Carlos de Borbón, segundo hijo de Don Carlos María Isidro y de Doña María Francisca de Asís de Braganza, vió la luz primera en Aranjuez, el 15 de mayo de 1822.

Contaba apenas once años de edad, cuando tuvo que emigrar con sus augustos padres á extranjera tierra, sufriendo con ellos la cruel persecución de Rodil en Portugal.

Distinguióse desde la niñez por una percepción clara y un ingenio superior. Durante la guerra de los siete años, permaneció educándose en Salzburgo, al lado de la segunda esposa de su egregio padre, y tía carnal, Doña María Teresa de Braganza.

Refugiado más tarde en el Piamonte, con sus hermanos y con Carlos V, fué nombrado coronel en el ejército sardo, por el rey Carlos Alberto, quien le dió el mando de un regimiento.

El 6 de febrero de 1847 contrajo matrimonio en Módena con la archiduquesa Doña María Beatriz, en medio del general regocijo de los circunstantes, que vieron en aquella unión el germen que había de producir tan escogidos frutos. A raíz de este fausto suceso, fué promovido á general.

El 3 de octubre de 1868 abdicó sus derechos á la corona de España en favor de su hijo primogénito Don Carlos de Borbón y Austria de Este. El aludido documento político dice así:

«No ambicionando mas que la ventura de los españoles, es decir, la prosperidad interior y el prestigio exterior de mi querida patria, creo de mi deber abdicar, y por las presentes abdicó todos mis derechos á la corona de España, en favor de mi hijo Don Carlos de Borbón y de Este.

»Dado en París el 3 de octubre de 1868.—Firmado.—JUAN DE BORBÓN Y DE BRAGANZA.»

Para satisfacer más si cabe su renuncia y afirmar con hechos públicos é innegables la unión de la Familia Real, fué al Norte durante la guerra carlista, siendo nombrado por Carlos VII ingeniero general.

Allí dirigió con éxito feliz las pruebas de un puente de barcas (en Azpeitia) inventado por él, obra admirable y que no fué la única debida á su fecundo ingenio y á su gran ciencia.

En septiembre de 1883 presidió en Goritzia los funerales del conde de Chambord, en su calidad de primogénito de la Casa de Borbón.

Era persona de trato y conversación aménisimos, y de vastos conocimientos. Gran músico, viajero infatigable, cazador de primera fuerza y muy versado en ciencias físicas y naturales, cuyo estudio cultivaba con pasión.

Hablaba con perfección acabada multitud de lenguas, siéndole la más familiar, después de la española, la inglesa, pues era gran admirador de la Gran Bretaña, la nación que más le gustaba habitar de todas las de Europa. Pero el patriotismo de Don Juan era más fuerte que su entusiasmo por Inglaterra, y su carácter, dulcísimo siempre, no se alteraba más que cuando en su presencia se suscitaba la conversación de Gibraltar. Aquella afrenta nacional le llegaba tan al alma, que continuamente decía que si hubiese guerra contra la Gran Bretaña para reconquistar el Peñón, fuese el que fuese el gobierno instalado en Madrid, él sentaría plaza como soldado raso, con nombre fingido, para tomar parte en ella.

Su amor á España creció con los años, y en los últimos de su vida no dejó ninguno sin visitar la Península, recorriendo de riguroso incognito, una por una, todas sus provincias, incluso las Baleares y las Canarias. Su muerte, acaecida en Brighton el 21 de noviembre de 1887, impresionó vivamente á la Comunion carlista. Sus restos mortales yacen en Trieste, en la capilla de San Carlos de la catedral de San Justo, al lado de Carlos V, Carlos VI, Reina Carolina, Doña María Teresa de Braganza, el Infante Don Fernando y su madre Doña María Francisca, cuyo cadáver fué trasladado desde Inglaterra al mismo tiempo que el de Don Juan.

El presente retrato que publicamos de nuestro ilustre biografiado, y que ostenta el uniforme de General de Ingeniero, es grabado directo de una fotografía del admirable cuadro al óleo que el reputado artista D. Ermolao Paoletti acaba de hacer por encargo del augusto dueño del Palacio Loredán.

Puente de Somorrostro á las ocho de la mañana del 25 de Marzo de 1874.

(Pág. 180.)

Los días 25, 26 y 27 de marzo forman la época más gloriosa para el ejército carlista atrincherado en Somorrostro.

El puente que damos á conocer á nuestros lectores es el que atraviesa la ría, y por donde pasaron los liberales cuando decidieron atacar nuestras posiciones.

Convoy de heridos atravesando un desfiladero de la montaña de Las Cortes.

(Pág. 181.)

Generalizada la lucha, el valle de Somorrostro se convierte en teatro de escenas desgarradoras. El campo queda sembrado de cadáveres y cubierto de heridos. El presente grabado representa á una porción de estos últimos, que, conducidos en ensangrentadas camillas, van á llenar los hospitales improvisados.

Ataque á Murrieta y á San Pedro Abanto por las tropas liberales.

(Pág. 184.)

Sobre la terrible defensa que los carlistas hicieron en estas posiciones, dice el Sr. Pirala:

«El fuego era horroroso en toda la línea; los carlistas resistían desesperadamente; saltaban en ocasiones de sus parapetos y cruzaban sus bayonetas con los que les atacaban con la misma arma; se rehicieron los liberales; se apoderaron de los caseríos de Pucheta y Murrieta; fueron rechazados desde San Pedro Abanto, cuya defensa era más obstinada, y donde los liberales sufrían, además del fuego de frente, flanco y el de retaguardia, producido por una trinchera que con traviesas y rails construyeron los carlistas en el ferrocarril de Galdames; y como si esto no fuese bastante, la iglesia de San Pedro y al-

gunas casas agrupadas á su alrededor, que están sobre una colina, eran defendidas por los parapetos, y más abajo por un arroyo que servía de foso. Heroicos esfuerzos hicieron los soldados liberales para apoderarse de San Pedro y de la trinchera del ferrocarril; todo era inútil; llegaron hasta el arroyo, que no pudieron salvar, y allí encontraban la muerte.»

¡Cuántos cadáveres llenaron el pequeño prado triangular que hay al pie de la eminencia en que está San Pedro Abanto y junto á la carretera!

El general Primo de Rivera, herido, es transportado á Somorrostro.

(Pág. 185.)

La columna fué diezmada aquel día entre Murrieta y San Pedro Abanto.

A más de perecer multitud de jefes y oficiales, cayeron gravemente heridos Loma y Primo de Rivera.

El grabado en que nos ocupamos representa á dicho general en el momento de ser transportado en una camilla, á uno de los hospitales de sangre, por sus soldados.

Ambulancia de heridos en la ermita de San Lorenzo.

(Pág. 188.)

Si sangrienta fué la lucha, en cambio fué muy esmerado el trato que recibieron los heridos; llamaban la atención, entre tan rudo bregar, pequeños edificios coronados por una bandera, «La Caridad», y que era el signo característico de las ambulancias. En estos asilos, los heridos descansaban en limpias camas de hierro; los de mayor gravedad sentían mitigar su dolor en colchones de muelles; el personal facultativo abundaba, y la alimentación de los pacientes era preferentemente atendida.

«La Cruz Roja», por su parte, añadió un nuevo timbre de gloria á los muchos que ya la adornaban.

Enterramiento de los cadáveres, después de las batallas de Somorrostro.

(Pág. 189.)

Entre las imponentes escenas, dice un testigo ocular, que ofrecía el campamento en estas tristes jornadas, merece mencionarse un acto solemne llevado á cabo al frente de los dos ejércitos, y revestido de circunstancias capaces de producir conmovedora impresión en todo corazón cristiano.

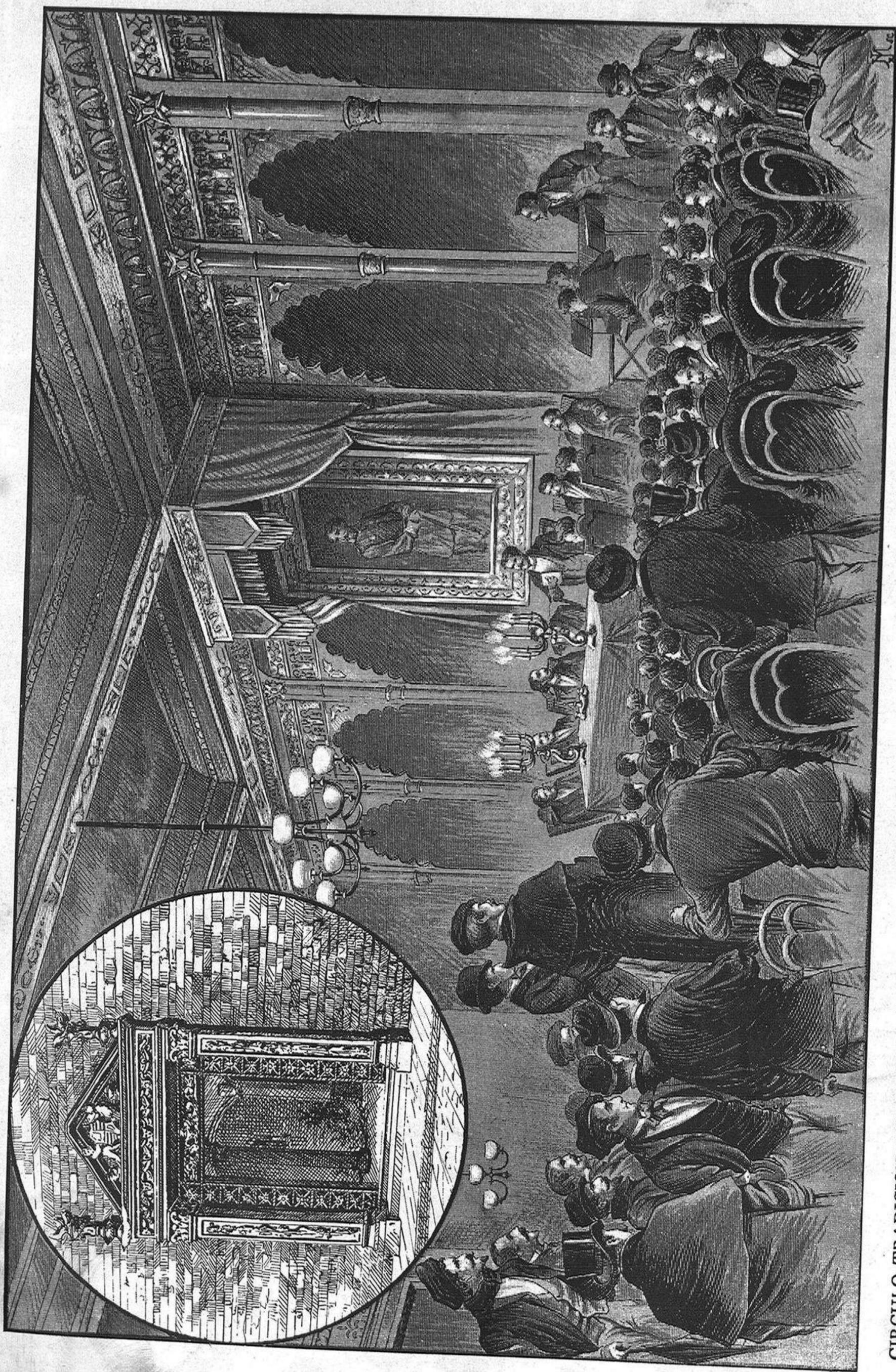
Banderas blancas desplegadas al viento en toda la línea, indicaban la suspensión de las hostilidades, una tregua de paz en medio de aquellos momentos de desolación y exterminio. Habíase pactado un armisticio en honor de los muertos. Numerosos grupos de soldados recorrían el campo recogiendo los sepultados cadáveres, rígidos ya y amoratados á poder de la inclemencia de la estación, á la que se hallaron expuestos por algunos días; zanjás enormes, abiertas á distancia y al pie de un collado, admitían á centenares en su seno las desgraciadas víctimas.

LIBROS RECIBIDOS

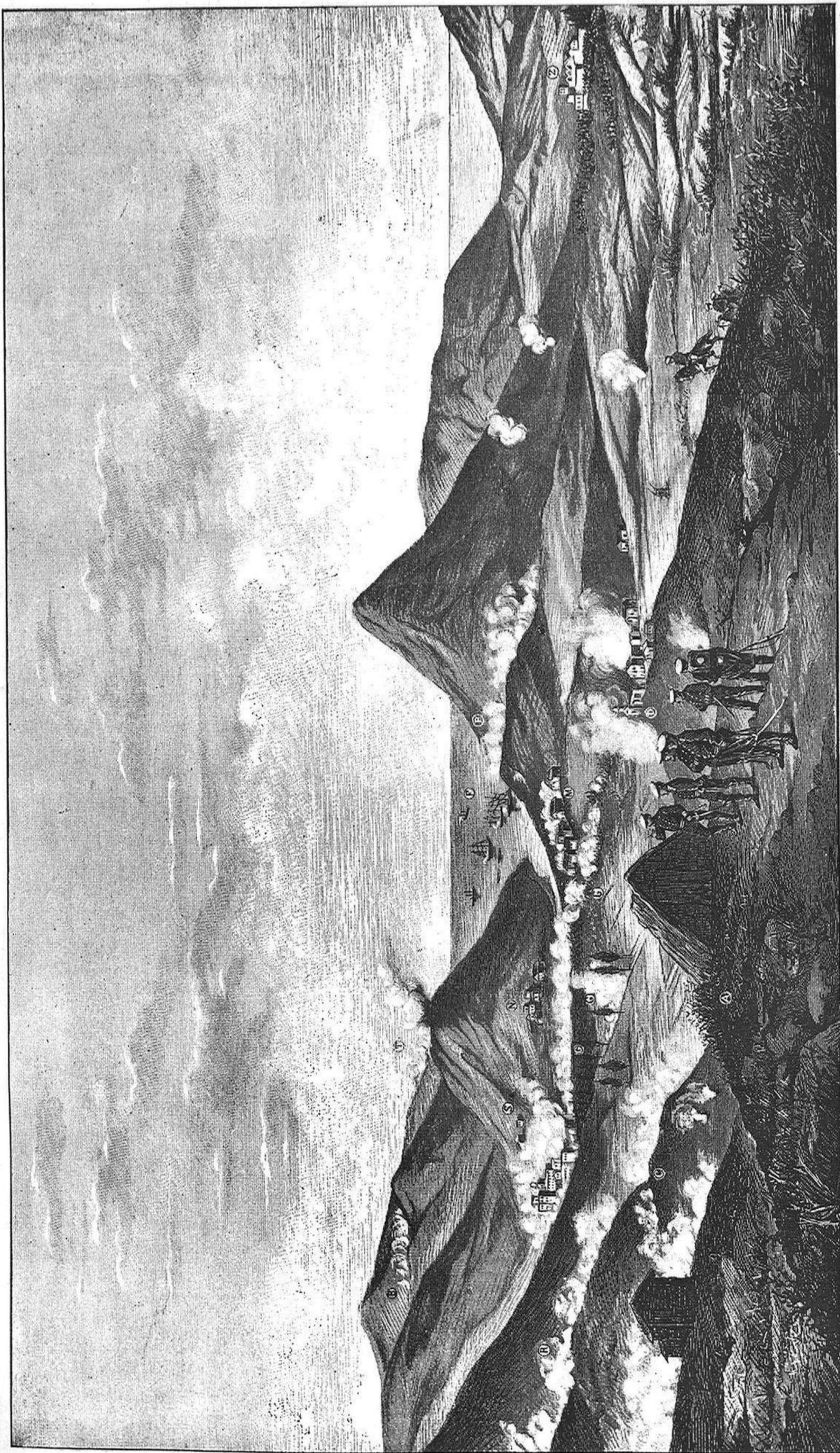
Con extraordinario éxito ha publicado la BIBLIOTECA TRADICIONALISTA el gran retrato de Don Carlos de Borbón propio para Círculos Tradicionalistas, redacciones de periódicos, salones de casas particulares, etc. Mide 83 por 58 centímetros y se halla de venta al precio de 5 pesetas en esta Administración.

Hemos recibido el ALMANAQUE del *Correo Español* que forma un voluminoso tomo de aménisimo texto, en el cual van intercalados retratos de personajes muy queridos en nuestra Comunion. Su precio es de dos pesetas, y recomendamos su adquisición á nuestros lectores.

Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.



CIRCULO TRADICIONALISTA DE BARCELONA.--VELADA ARTISTICO-LITERARIA EN OBSEQUIO AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE CERRALBO
EN 15 DE FEBRERO DE 1890



PANORAMA DE LAS BATALLAS DE SOMORROSTRO EN 25, 26 Y 27 DE MARZO DE 1874.

B. Batería republicana del monte Janeo.—F. Fragatas republicanas cañoneando las posiciones carlistas de la derecha.—S. Baterías republicanas de Somorrostro.—N. Murquiz.—G. Guerrillas republicanas.—M. Murrieta.—P. Parapeto carlista.—C. Carlistas.—R. Republicanos.—D. San Pedro Abanto, defendido por los carlistas. Casas incendiadas por las granadas enemigas.—Z. San Fuentes, donde se encontraban los E. M. de los Generales Elío, Dorregaray, Ollo, etc., y las reservas carlistas.—A. Loma ocupada por Don Carlos y por varios oficiales generales.

